
TRIGÉSIMA TERCERA HOMILÍA.

EL GRANO DE MOSTAZA,

Ó LA IGLESIA.

Simile est regnum caelorum grano sinapis.... Quod minimum quidem est omnibus seminibus; cum autem creverit, majus est omnibus oleribus et fit arbor; ita ut volucres caeli veniant et habitent in ramis ejus. (MATH., XIII.)

Semejante es el reino de los cielos á un grano de mostaza.... Esta, en verdad, es la menor de todas las simientes; pero despues que crece es mayor que todas las legumbres, y se hace árbol, de modo que las aves del cielo vienen á anidar en sus ramas.

¿Cuál es ese reino de los cielos de que habla Jesucristo en esta parábola, y que, semejante al grano de mostaza, que á pesar de ser la más pequeña de todas las semillas, se hace un árbol en cuyas espesas ramas vienen á refugiarse con transporte, á reposar con seguridad numerosas multitudes de aves?

Ese reino es Jesucristo, dicen los santos padres San Hilario, San Agustin, San Gregorio; es Jesucristo mismo, el cual, no solamente es la vía que conduce al cielo, sino aún la verdad y la vida en que consiste la felicidad de los cielos. Ha sido, en efecto, la más pequeña de las semillas por la humildad de la carne, y el más grande de los árboles por la resurreccion, hasta el punto de haber eclipsado la grandeza, el renombre y la gloria de todos los Santos, de todos los Patriarcas, de todos los Profetas. Sobre las más fuertes ramas de este tronco divino, es decir, sobre los Apóstoles, todas las naciones, queriendo, como los habitantes del aire, elevarse sobre la corrupcion terrestre, han venido apresuradamente á posarse, á buscar un sólido apoyo en los verdaderos bienes del cielo, y un abrigo contra los vientos

de las falsas doctrinas, contra las tempestades de las tentaciones infernales.

La doctrina de todos los Padres, de todos los intérpretes y teólogos, es que, así como la vida de Jesucristo ha sido explicada, figurada y profetizada en la vida de los Patriarcas, la de la Iglesia también y su historia lo ha sido en la de Jesucristo. Por consiguiente, en esta parábola el Hijo de Dios ha querido presentarnos la figura más semejante de las vicisitudes y de los caracteres de su Iglesia, prediciéndolos además con una sola palabra en el Evangelio de este día, cuando afirmaba que pronto serían predicadas en su nombre la penitencia y la remisión de los pecados en todas las naciones de la tierra (1).

Examinemos, pues, hoy esas vicisitudes y esos caracteres de la verdadera Iglesia, en esta breve pero bella parábola del grano de mostaza. Cantemos en este último día de nuestra predicación un himno á la gloria de esta santa Iglesia católica, á la cual tenemos la dicha de pertenecer, á fin de que, penetrados mejor de la dicha de tenerla por madre, nos afirmemos más en la resolución de vivir como verdaderos hijos de la Iglesia, y experimentemos más viva la piadosa y santa alegría que nos inspira la solemnidad de este día.

PRIMER PUNTO. El grano de mostaza es efectivamente una de las semillas más pequeñas que conocemos: *Minimum est quidem omnibus seminibus*. Y por eso mismo, dice San Jerónimo, es una figura fiel de la predicación evangélica, de donde ha nacido y se ha formado la Iglesia. Ha sido en su principio la más pequeña, la más despreciable, la más insignificante de todas las sociedades religiosas que en todos tiempos se han formado en el mundo (2).

Y en efecto, ¿cómo ha principiado? Por doce hombres de oscuro nacimiento, pobres, vulgares por su profesión, obtusos de espíritu, ignorantes, groseros, perseguidos por la autoridad pública, odiosos al pueblo, sin favor, sin protección, sin defensa. Esos hombres emprenden la predicación condenando los vicios adorados como divinidades, encareciendo la práctica de virtudes

(1) Oportebat Christum pati et resurgere à mortuis tertia die, et prædicari in nomine ejus penitentiam et remissionem peccatorum in omnes gentes. (*Luc.*, xxiv.)

(2) Est prædicatio evangelica quæ minima est omnibus disciplinis. (*S. Hieron.*)

desconocidas, una vida humilde, de continencia, de pureza, de desprendimiento, de caridad, contraria á todas las doctrinas recibidas, á todas las costumbres en vigor, á todas las ideas establecidas, á todos los intereses, á todos los principios, á todas las pasiones; en una palabra, predicaron la obligación de arrepentirse como de un crimen de todo lo que hasta entonces había sido reputado santo, justo, legítimo ó indiferente; y esto en nombre de un Personaje desconocido en el mundo, acusado y condenado por sus propios conciudadanos, muerto, como el esclavo más criminal, en un rincón de la Judea, en el suplicio ignominioso y bárbaro de la cruz. Hé ahí el Hombre en cuyo nombre debía predicarse la penitencia á todas las naciones: *Et prædicari in nomine ejus penitentiam*. No, no hay planta que más que la mostaza tenga una semilla pequeña, despreciable, poco capaz de desarrollarse, de crecer y fructificar. Tampoco ninguna sociedad ha tenido en su origen principios en apariencia más contradictorios, más insensatos, más ineptos que la Iglesia, ese reino de Dios entre los hombres: *Simile est regnum caelorum grano sinapis*.

¿Y qué ha sucedido? Las sectas filosóficas y los cultos idólatras, semillas considerables desde su principio, esparcidas y depositadas en el terreno más favorable á las empresas humanas, á la sombra de todas las fuerzas del poder soberano, favorecidas por el soplo de todas las pasiones, rociadas por la lluvia de todas las riquezas y de todas las ventajas temporales, embellecidas, cultivadas por el genio de la elegancia, de la gracia de la elocuencia y de la poesía; mientras que parecía que debían convertirse en árboles fructíferos, vigorosos, copudos é inmortales, no han llegado á producir más que miserables arbustos, pobres hierbas, sin sustancia, sin jugo, sin sabor, sin vida, que á la primera ráfaga del viento de la ciencia y de la verdad han caído al suelo áridas y secas, convirtiéndose en estiércol y en humo. El tiempo ha ido destruyendo esos productos del orgullo, de la concupiscencia y de la lascivia, que semejantes á meteoros sulfurosos, después de brillar con opaca luz, se disuelven y desaparecen, no dejando, como huellas de su aparición y de su paso más que el horrible olor de los vicios y de sus estragos (1).

(1) Sed dogmata philosophorum cum creverint nihil mordax, nihil vitale demonstrant; sed totum flaccidum et emollitum ebullit in olera quæ cito arescunt et corruunt. (*S. Hieron.*)

Al contrario, la Iglesia, semilla tan pequeña, plantada por manos tan débiles, tan inexpertas, en una estación tan contraria, en un suelo tan poco favorable, bajo un clima pestilente, entre la furia de los vientos de todas las pasiones y de todos los errores, ha germinado, ha tomado las proporciones de un árbol que en fuerza, en grosura, en solidez, ha dejado atrás á los antiguos robles, honor de la selva: *Majus est omnibus oleribus et fit arbor*. Ha extendido sus majestuosas ramas á través de las comarcas más bárbaras y sobre las más lejanas costas, hasta las extremidades del mundo; de manera que todos los pueblos, todas las naciones han venido á buscar en él, y han encontrado, alimento, abrigo, sombra y reposo: *Ita ut volucres caeli veniant et habitent in ramis suis*. Así se ha verificado la profecía hecha hoy por boca del Salvador, á saber, que su religión, religión de penitencia y de perdón, de justicia y de gracia, de severidad y de dulzura, de espíritu y de vida, sería predicada y aceptada en el mundo entero: *Prædicari in nomine ejus pœnitentiam et remissionem peccatorum in omnes gentes*.

Ved cómo en esta bella parábola están bien indicados los caracteres principales de la verdadera Iglesia. Jesucristo dijo que el pequeño grano de mostaza se hace un árbol, *fit arbor*, el árbol por excelencia, el árbol único, el solo árbol que domina por su altura á todos los demás, mientras que á su alrededor se levantan diversas plantas que no forman un árbol único. Hé ahí, pues, indicada la gran prerrogativa de la unidad que solamente pertenece á la Iglesia católica. Solamente los católicos, dice San Cipriano, son el verdadero árbol producido por una pequeña semilla y que forma un tronco único, un árbol único, si bien desplega por todas partes sus ramas en gran número (1).

Los pueblos idólatras que no tienen entre sí otro lazo de afinidad que el pecado abominable de adorar á la criatura, con desprecio del Criador, están divididos entre sí en una variedad infinita de cultos vergonzosos y crueles, supersticiosos y absurdos. Los judíos esparcidos en la superficie del globo, mientras dicen que creen en Moisés y en su ley, están divididos en tantas es-

(1) *Ecclesia una est quæ in multitudinem latius incremento fecunditatis extenditur; quomodo rami arboris multi sed unum robur tenaci radice fundatum. (S. Cypr.)*

cuelas como sinagogas, porque cada uno entiende esa ley á su manera y la practica como la entiende; no tienen otra cosa de común más que un grosero deísmo, la circuncisión, el espíritu de interés y el odio contra Jesucristo. Los mahometanos, aunque profesando todos el culto de Mahoma y del Corán, están entre sí divididos en tantas sectas cuantos son los jefes políticos á quienes obedecen, y no se parecen sino por el frenesí de los placeres carnales y el odio contra los cristianos.

Imitadores de los mahometanos y de los judíos, los pueblos herejes y los cismáticos, que se envanecen de creer en Jesucristo, en su Evangelio, no tienen otra unidad, no fraternizan en otra cosa que en su aborrecimiento, en su desprecio común contra la Iglesia católica. En lo demás están divididos en tantas sectas, no solamente diversas, sino contradictorias, rivales y enemigas, cuantos estados no católicos son, cuantas familias en cada estado, cuantos individuos en cada familia; puesto que cada individuo opina de distinta manera, según los diversos estados y condiciones de la vida, según los estudios, las lecturas, los diversos razonamientos. Como cada uno tiene su manera de pensar, tiene también su religión propia; en estas sectas no hay dos individuos que crean de la misma manera, así como no hay dos rostros iguales. El símbolo de la herejía que todos juran, que todos profesan y que ninguno cree, por estar escrito en la constitución del estado, ha podido conservar largo tiempo una especie de unidad religiosa, pero sólo aparente, política, exterior, que no tiene otro apoyo que la fuerza, ni otro principio que el interés. El tiempo ha hecho justicia á esa mentida unidad; y como al poder le es ya imposible sostenerla, se ha roto el velo y no se ve más que un conjunto de opiniones discordantes que no están unidas entre sí más que por su antipatía á la unidad impuesta por la fuerza y sostenida por el poder.

La Europa del siglo xvi vivía bajo la unidad católica. Esto no le convino á un fraile ambicioso, que resolvió romper esa unidad para constituir otra á su manera, sobre el Evangelio, sobre la Escritura, piedra angular que tomó para su edificio. Parecía que ningún peligro había en poner las ideas bajo la salvaguardia desinteresada de la razón y la libertad. Sin embargo, el mundo sabe lo que ha llegado á ser esa unidad entre las manos de Lutero y de sus sucesores.

Tres siglos despues, el mundo ha sido invitado, en 1846, á un espectáculo ridículo, si es que debe uno reirse de la blasfemia y de la ceguedad en materia de religion; por todas las potencias protestantes se reunió un concilio para buscar la piedra filosofal de la unidad en medio de la más espantosa anarquía.

El concilio ha debido disolverse sin haber establecido nada, ó más bien ha establecido una cosa: la imposibilidad en que los protestantes se encuentran de entenderse y de constituir nada, y por consiguiente, la necesidad de dejar al protestantismo correr su suerte.

Por eso empieza á extenderse la desesperacion en ellos. En este siglo de inteligencia se ha oido esta terrible frase: «La division es nuestro bien.» Es decir, el infierno es nuestro paraíso, el caos nuestra patria, la confusion nuestra felicidad y nuestro último fin.

Toda unidad es un lazo. Todo lazo es un peso. Todo peso es una servidumbre. Toda servidumbre es el colmo del infortunio y la desesperacion del orgullo.

¡Desgraciados! Gozad de la situacion que os ha traído esa doctrina. Regocijaos con la unidad perdida, con el placer de comenzar y acabar con vosotros mismos, de poner en ridículo á vuestros padres, y de ser á vuestra vez el objeto de risa de vuestros hijos. Regocijaos de estar solos; de pensar y obrar por sí solos; de destruir á la noche las ideas de la mañana; de vivir sin maestro y sin discípulos, sin antepasados y sin posteridad; de llamar á eso vuestra fuerza y vuestra vida; de no tener nada comun más que la anarquía y la duda, y por toda perspectiva la nada.

Espíritus pulverizados, cuerpos abortados, ramas desgajadas, esperad á que la unidad militar armada con el látigo del cosaco abandone vuestro orgullo á las ignominias de una servidumbre sin límites, obligue á vuestra presuntuosa inteligencia á someterse al dogma nacido en las oficinas de policía, ó en las saturnales de un campo de pretorianos, y reduzca á la esclavitud á un pueblo de sofistas que ha llegado á ser un pueblo sin fuerza y sin carácter, y que no podrá oponer más que una obediencia pasiva.

¿Hay una doctrina divina y humana capaz de fundar la sociedad de los espíritus sin sacrificar la razon y la libertad? ¿Hay

un dogma público libremente reconocido, aceptado por el rico y el pobre, el docto y el ignorante? Yo escucho, y del seno de estos muros, del fondo de esta tumba, oigo resonar bajo la inmensa bóveda, bajo la cúpula, obra la más gigantesca del hombre, la voz armoniosa de la unidad, que se repite hace diez y ocho siglos en todo el mundo con un eco maravilloso, que canta el himno de la sola sociedad de los espíritus que hay en el mundo, y que repite sin cesar la sola palabra noblemente consoladora: Creo en la Iglesia una: *Credo in unam Ecclesiam!*

Y nosotros, hijos de esa unidad, respondemos con verdadera adhesion de espíritu, afecion de corazón, expansion y transporte de alegría: ¡Creo!

Esta sociedad vive, y se sostiene y mantiene con la misma inmutabilidad su dogma público.

No es distinta la fe del pobre de la del sabio opulento, ni la de los gobernantes de la del pueblo. Todos creen y todos ruegan al mismo Dios, con la misma obligacion de ser humildes, piadosos, castos, caritativos.

Entre la ciencia y la ignorancia en la fe comun, es imperceptible la diferencia; coronan la unidad sin romperla, y hacen más sensible su inalterable esplendor.

Sólo la Iglesia católica presenta el espectáculo único, majestuoso, imponente, de muchos centenares de millones de hombres esparcidos, de una infinidad de pueblos separados los unos de los otros por inmensas extensiones de tierra y de mar, y más distantes por el carácter, las costumbres, la cultura, el color, la raza, el lenguaje; y sin embargo, profesan el mismo símbolo, observan la misma ley, y en tan gran variedad de ritos ofrecen á Dios el mismo sacrificio.

Dos mil años han pasado sobre ella. En tanto tiempo no ha sufrido ninguna alteracion en sus dogmas, en su constitucion moral, en su culto, en su eficacia y su belleza. Hace dos mil años que inculca siempre las mismas virtudes, inspira los mismos sacrificios, provoca la misma obediencia de espíritu y de corazón, obtiene los mismos homenajes. Hace dos mil años engendra siempre, forma siempre con la misma facilidad apóstoles, mártires, doctores, confesores, vírgenes. Jamas se cierra su martirologio. La fe en Jesucristo se predica con el mismo celo, se confiesa con la misma constancia, se practica con la misma

perfeccion que en los primeros dias del Cristianismo. El número de los verdaderos católicos disminuye en un lugar y aumenta en otro. Pero el catolicismo tiene siempre el mismo espíritu, la misma fuerza y la misma fecundidad, porque es siempre el mismo árbol que la produce.

Sólo la Iglesia romana cree lo mismo que ha creído siempre: *Quod semper*. Su fe es la sola que se remonta á los Apóstoles, á Jesucristo. Sólo ella tiene ideas verdaderas sobre Dios y su naturaleza, sobre sus atributos y sus obras; ideas justas y verdaderas sobre el Mediador y su mision, sus misterios, sus doctrinas, su gracia, su cualidad de Redentor; sobre el hombre y su origen, su fin, su decadencia, su restauracion. Es el gran archivo donde se conservan inalterables las tradiciones del mundo, las nociones de Dios, los títulos auténticos de la divinidad de Jesucristo, de la antigua nobleza del hombre, de sus derechos, de sus privilegios, de sus esperanzas. Es el gran mapa de la humanidad. El que quiera saber algo preciso y cierto tocante á Dios, á Jesucristo, la ley, los deberes, debe interrogar á la Iglesia.

Las sectas nacidas del fango de las cristiandades corrompidas, como los gusanos que nacen en el seno de la corrupcion, dirán más fácilmente lo que no creen que lo que creen sobre Dios, Jesucristo y el hombre. No encontraréis dos individuos que á la misma pregunta os den la misma respuesta. Por ellos no sabréis jamas de una manera cierta, precisa, determinada, lo que es menester creer, afirmar, predicar.

Cada secta pareció tener en el principio un símbolo comun á todos los que la formaron; pero apenas adoptado, empezó á alterarse. Al hombre le está siempre permitido añadir ó quitar algo á sus invenciones, y ésa es la causa de las perpétuas variaciones de las sectas heréticas. Unos hombres establecieron los treinta y nueve artículos de la confesion de Augsburgo; otros hombres pueden modificarlos ó abolirlos, y esto es lo que han hecho. No hay una sola secta que pueda lisonjearse de dos dias de inmutabilidad y de unidad, y que haya permanecido dos dias solamente fiel á la confesion de su fundador, sin extenderla ó restringirla, renovarla ó abandonarla.

¿Puede encontrarse en Alemania ó en Inglaterra un solo protestante que crea, como sus padres, la confesion de Augsburgo,

sus treinta y nueve artículos? El árbol de la herejía ha sido destruido, derribado por las mismas manos que lo han plantado. Cada uno quita una rama ó una hoja, y este derecho no puede negarse á ninguno.

La doctrina católica, bien diferente de esas voces mentirosas tan fáciles para prometer y tan impotentes para cumplir, ha lanzado al mundo ideas inmutables, comunes, fundamentales, aceptadas libremente por hombres de todas condiciones.

¡Cosa maravillosa! Á pesar de la movilidad del tiempo, la inestabilidad del espíritu humano, las ideas católicas no han cambiado nunca, no cambian jamas. Hay en ellas un germen de perseverancia, de inmortalidad, fuerte, duro como el diamante, y que, no obstante su dureza, no deja de moverse y de florecer en el mundo.

Hace diez y ocho siglos todos los pontífices, los obispos, los doctores, los fieles católicos, los hombres diversos en condicion, en nacimiento, en carácter, en costumbres, en idioma, en pasiones; tantos millones de hombres han creído, pensado, afirmado, predicado, escrito siempre la misma cosa. Lo que hoy se dice, se ha dicho siempre. Lo que se dice en Oriente, se repite en Occidente; lo que se cree en el Norte, se cree en el Mediodía.

No hay un solo eclipse para esta inmutabilidad (1). Enseñadme una página católica donde la doctrina católica se niegue. Señaladme un hombre que, al alejarse de esta doctrina, no se vea inmediatamente arrojado de la Iglesia, por más que fuese el más elocuente de los hombres como Tertuliano, el más devoto de los

(1) Inmutabilidad, y no inmovilidad: cosas bien diferentes. La inmovilidad es una inmutabilidad muerta, mientras que la inmutabilidad es una inmovilidad viva, activa, fecunda en obras.

La inmovilidad está unida á una servidumbre inerte; la inmutabilidad á una actividad libre. Dios es inmutable, la nada es inmóvil. El árbol frutal es inmutable, pero movable, porque tiene en sí el movimiento, principio de la vegetacion; es inmutable porque es siempre el mismo. El cadáver no es inmutable, puesto que se disuelve; es inmóvil, porque es inerte.

El mahometismo es inmóvil, porque es un límite forzado impuesto al espíritu humano por una razon encadenada por la violencia; á sus ideas les falta la libre aceptacion de la inteligencia. Pero no es inmutable: el soplo de la ciencia lo descompone; la discusion lo destruye, lo disuelve; es como un cadáver que en su sepulcro parece intacto, y al menor soplo de un vivo se convierte en un polvo que no deja ni rastro ni recuerdo de su forma primitiva. (Nota del Autor.)